

Enteramente conmovido con este recuerdo, salgo de esas tinieblas, vuelvo á ver la luz, y mi pié toca el Capitolio: en el contemplo esa roca inmóvil cantada por el poeta, *Capitolii inmobile saxum*; pero en el lugar de Júpiter Capitolino á quien vieron allí Pedro y Pablo, veo yo la Cruz de su maestro. Ella reina, triunfa, y está allí gloriosa: ¡ellos han muerto!.....

Continúo andando por esta Roma, desierta para mi pensamiento, á pesar del gentío, y vuelvo á encontrar á esos dos hombres, Pedro y Pablo, al uno sobre la columna de Trajano, con las llaves del reino de los cielos en las manos, y al otro sobre la columna de Antonino; con la espada de la palabra que ha vencido al mundo.....y ellos han muerto!..... Continúo, entro en el jardín de Nerón, donde este miserable se servía de los primeros cristianos como de antorchas vivientes para iluminar sus juegos nocturnos; *in nocturni luminis usum* (Tac.), y allí mismo, sobre el obelisco de granito que se eleva todavía en medio de la plaza inmensa, leo: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat*.....y ellos han muerto!..... Continúo, paso por entre templos, imágenes sagradas y pórticos, y penetro en esta basílica, maravilla del mundo, entro en esta luz, en este esplendor, en esta inmensidad, en esta irradiación de todas las glorias, desde el Padre Celestial resplandeciente en la bóveda en medio de los serafines y de los ángeles, hasta esta gloriosa tumba, y entre las grandes figuras del Profeta, de los Evangelistas, de los doctores, de los fundadores de orden, de todos los que han hecho una obra acá en la tierra, leo gravadas en letras de oro estas palabras inmortales: *TU ES PETRUS, ET SUPER HANC PETRAM AEDIFICABO ECCLESIAM MEAM, ET PORTAE INFERI NON PRAEVALEBUNT ADVERSUS EAM!* Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.....[Mat. 16, 18].

Y en verdad, cuando atravieso estos grandes contrastes,

cuando me hallo abrumado de admiración en presencia de estos monumentos y estos triunfos, y cuando llego á decirme: “Hay hombres que quieren habitar allí.....en medio de estos esplendores y de estas grandezas.” ¡Pero esto es imposible! ¡La naturaleza invencible de las cosas lo repugnará eternamente! ¡No se rehace la historia! ¡No se rehace el género humano! Sería menester entonces arrasar á Roma toda entera y reconstruir otra que se adaptase á vuestra talla.

Quedaos pues en vuestro lugar, y por honor de la Italia y del mundo, dejad en el suyo al vicario inmortal de Jesucristo.

Es pues verdad y es menester añadirlo: habiendo salido de tan lejos, hemos llegado providencialmente á la magnificencia, al esplendor, á ese legítimo brillo de la púrpura romana; pero vivid bien penetrados de ello, no olvidamos nuestros orígenes, y cualesquiera que sean las apariencias, no creais que tengamos apego á esta púrpura: cubre grandes virtudes y luces que no han desfallecido desde hace diez y ocho siglos en el corazón de los Pontífices, y todos repetimos con San Pablo, y nadie lo repite mejor que aquel que constituye hoy, hermanos míos, el mas rico tesoro de nuestro amor generoso; sí, nuestro venerado Pontífice repite en su sublime pobreza y nosotros todos repetimos con él y con el gran apóstol. *Scio et abundare, scio et humiliari* (Philipp. 4, 12): sé vivir en abundancia, y sé vivir humillado y en necesidad. Puesto que han llegado estos días, el pan que me dan mis hijos es dulce para mi corazón.....

Cuando place á Dios enviar la paz y la gloria á su Iglesia, la Iglesia, señores, sabe disfrutarlas, no para sí, sino para vosotros. Por lo que á ella toca, jamás se olvida ni de Belén, ni del Calvario, ni de la prisión Mamertina, ni de las Catacumbas; dispuesta á descender á ellas de nuevo, si Dios lo quisiera, segura de salir de ellas un día con ese fuego sagrado de la virtud cristiana sin el cual volvería á caer el

mundo entero en esas tinieblas, en esa lóbreguez eterna que, como cantó nuestro gran poeta, amenaza siempre á los siglos impíos:

Impiaque aeternam timuerunt saecula noctem!

Y ahora me ocurre, señores, una idea, una comparación. Hay, en el momento en que me estais escuchando, dos ciudades en el mundo donde se hablan todas las lenguas y á donde se han dado cita todos los pueblos por sus diversos representantes: Londres y Roma; Londres, adonde han ido, para la grande esposicion de las maravillas de la industria humana, todos los capitalistas y sabios de la tierra; Roma adonde han venido, para agruparse en derredor del Padre comun de los fieles, los obispos de todas las partes del mundo cristiano.

Supongo, hipótesis felizmente imposible, que por una horrible desgracia todo lo que hay en Londres desaparece en un inmenso y súbito hundimiento; ciertamente que esto sería una catástrofe digna de todas nuestras lágrimas, pero en suma una calamidad reparable; porque en fin cosa parecida se ha visto ya en la tierra, como lo atestigua esta misma Roma donde estamos y donde el antiguo mundo habia hecho como una exposicion perpetua de su industria, de sus artes y de sus riquezas; pero un dia envió Dios la tempestad, y todas las maravillas de ese viejo mundo desaparecieron; y esos mismos Papas, á quienes los salvajes del siglo décimonono llaman bárbaros, fueron los que buscaron bajo los escombros los vestigios de ellas; los que sacaron de las ruinas del palacio de Neron el Apolo, ese falso dios; pero ese bello mármol; los que le hospedaron en su palacio; los que reunieron en torno suyo á los Rafaeles, los Miguel Angeles y los Bramantes, y los que tienen todavia á los Overbeck y los Tenerani; pero muchos siglos de esfuerzos, resucitando las artes del mundo antiguo, no han podido excederlas. Si tan ufa-

nos estais con lo que llamais vuestros descubrimientos, señores, prestad de lejos oído al ruido extraordinario de esa inmensa destruccion, pasead las miradas de vuestro espíritu consternado por ese mundo antiguo, poderoso, ingenioso, culto, brillante, y vedle de pronto arruinado, olvidado, desapareciendo bajo una espantosa caída! ¿Pero qué hizo la humanidad? Comenzar de nuevo, y despues de diez y nueve siglos, la vemos exponiendo otra vez sus artes, sus estatuas, su trabajo, su industria.

¡Ah! no sois vosotros, señores, ni yo tampoco, los que quisiéramos maldecir á la industria moderna. Es hija del trabajo, y el trabajo es digno de respeto; el hombre encuentra en él su nobleza en su castigo. ¿Quién ha hecho el trabajo libre? ¿Quién ha hecho al operario honrado? Es el cristianismo. ¿Qué sería si no fuera por él la industria? ¿Cuál sería su suerte lejos de él? La industria se inclina, sin quererlo, cual dócil servidor y concurre á los designios de Dios. Ella nos ha traído aquí, y doy gracias á esos instrumentos ingeniosos que aceleran acá en la tierra la marcha de los enviados del Evangelio.... A esos hombres reunidos lejos de nosotros, les grito al traves de la distancia, en medio de los esplendores de la embriaguez, de la riqueza y de los triunfos: ¡Pensad en Dios!

Luego miro á Roma.

En Roma se piensa en Dios. No hay riquezas ni embelezamiento, sino un pobre sacerdote rodeado de pobres sacerdotes, la debilidad aparente, temores y despedidas con súplicas, trescientos ancianos reunidos en derredor de otro anciano que es su padre y puede decirles, como el príncipe de los apóstoles: *Seniores obsecro, consenior ego, et testis Christi passionum*, (Pet. parag. 1.) Ancianos de la asamblea santa, os conjuro yo anciano como vosotros, testigo y heredero de los padecimientos de Jesucristo.

Ahora bien, suponed que estos trescientos ancianos des-

aparecen de la haz de la tierra. En lugar de suprimir los 10,000 capitalistas que están en Londres y lo que pueden, los 10,000 sabios y lo que saben, suprimid los trescientos ancianos que están aquí y lo que representan, la fé, la virtud, Jesucristo, los Santos, la Eucaristía, el Evangelio, la Cruz! Si, suponed por un momento estas cosas de menos en el mundo! ¿Cómo las volveria á encontrar el mundo? ¿bajo qué escombros iria á buscarlas? ¡Ah! no somos capitalistas, especuladores, industriales; no hemos sido enviados á los hombres para haer máquinas; pero hemos sido dados al mundo para salvar las almas, y las almas tienen necesidad de nosotros, y sin nosotros las almas perecerian en el seno de las riquezas; y si nos rechazais, estad bien convencidos de que atentais contra las almas; y si quereis adelantar vuestras manos aun mas insensatas que sacrílegas hácia la piedra fundamental que nos sustenta, procurando conmoverla para conmover todo el edificio con ella, ¡ah! temed vuestro triunfo, porque quedariais aplastados vosotros mismos bajo las ruinas que habriais causado.

Pero basta decir lo que somos, lo que representamos y la razon de nuestro concurso extraordinario aquí, en derredor de la cátedra del Padre de los fieles y del Pastor de los Pastores. Veamos ahora lo que es especialmente la Iglesia de Oriente y lo que en esta circunstancia solemne exige de nosotros y de vosotros.

II.

Demos ahora, carísimos hermanos, reposo á nuestro espíritu en ideas de amor, de caridad evangélica, en la inclinacion de nuestros corazones á socorrer y consolar á esa Iglesia de Oriente, nuestra hermana, casi diria nuestra madre, por su antigüedad; su origen y sus primeros beneficios.

Todos conoceis, señores, el llamamiento que os ha sido dirigido por los obispos de Oriente que se hallan en Roma;

por los obispos de Siria, Constantinopla, Esmirna y Grecia: os han espuesto las necesidades de sus iglesias; os han conjurado que les ayudeis á hacer florecer las cristiandades fieles y atraer de nuevo á la unidad á las cismáticas.

Tambien conoceis las cartas admirables en que nuestro venerado Pontífice nos exhorta á todos á dirigir nuestras miradas hácia el Oriente, alienta á esas Iglesias afligidas y llama á las comuniones separadas de la unidad, con toda la ternura de su alma apostólica.

Sabeis, en fin, ó al menos importa que sepais lo que debeis, lo que todos debemos al Oriente, lo que ha sido para nosotros, y lo que podreis ser para él.... ¡Dios mio! olvidamos sobradamente todo eso; lo olvidamos, como se olvidan todos los beneficios lejanos, pero importa que los recordemos....

¡Ah! qué hermosos fueron los piés de esos hombres que de las montañas de Oriente, de las cimas sagradas del Sinaí, del Carmelo, del Tabor, del Calvario, vinieron á predicarnos la paz y todos los bienes! *Quam pulchri super montes pedes evangelizantium pacem!* (Is. LII, 7.)

¡Qué dia en la historia del mundo aquel en que en el fondo del Oriente, en las orillas de este mar célebre y encantado que nos ha traído á todos aquí, una boca divina dirigió á doce pobres orientales estas inmortales palabras: *Ite, docete omnes gentes!* [Matt. XXXVIII, 10.]

Y la palabra de Dios, segun la espresion del apóstol, se puso á correr, *currit sermo Dei* [Thes. 3, 1,] llevando por do quiera la luz y la vida, mas poderosa que la primera palabra que habia dicho: Sea hecha la luz, y la luz quedó hecha.....

¡Oh! qué placer será el ver al Oriente, cuando las divinas claridades que ha perdido vuelvan hácia él, cuando el sol de la fé, descendiendo glorioso al Occidente, vuelva á enviar sus supremos y brillantes esplendores hácia las cimas

del Sinaí, del Calvario, del Ararat y hacia todas las cimas sagradas del universo, iluminando desde allí todas las playas, todos los desiertos y todas las riberas del Africa, del Asia y las islas desconocidas!

¡El Oriente! ¡el Oriente! cuna de todas las grandes cosas de la humanidad, cuna de las razas, cuna de las lenguas, cuna de las antiguas tradiciones y de la fé sagrada de los pueblos!

¡Misterioso y fatídico Oriente, donde la sadiduría divina ha dado sus oráculos, donde la sabiduría humana iba á buscar los antiguos recuerdos, las primitivas creencias y esa ciencia purificada por el tiempo de que hablaba el sacerdote egipcio al filósofo de la Grecia!

¡El Oriente, foco antiguo de toda civilizacion, de toda luz sagrada y profana!

¡El Oriente, centro durante cuatro mil años de todos los asuntos divinos y humanos! Sí, durante cuarenta siglos, todas las miradas de la humanidad, todas sus esperanzas, todos sus suspiros se dirigian hacia el Oriente!

Allí, los primeros hombres, los primeros antepasados de la humanidad oyeron la voz de Dios!

Allí estuvo el misterioso y doloroso Eden: en la época de la inocencia primitiva, allí, en las márgenes de los cuatro rios famosos que corrian del Eden hacia los cuatro puntos del horizonte, conoció la humanidad la dicha, seguida ¡oh desgracia! muy presto de un relámpago y de lobreguez espantosa! Allí todo en nosotros fué por un instante puro, noble y santo..... y muy pronto ¡ay! todo fué turbado, abatido y mancillado!

Allí fué dado el primer castigo y luego tambien la primera promesa, la primera esperanza; oráculos sagrados, repetidos de siglo en siglo por todos los profetas. Sí, todas las promesas, todas las bendiciones de Dios han sido dadas allí.

Allí es donde Dios no tuvo encadenada su misericordia

en su cólera y donde no quiso olvidarse un solo dia de sus bondades!

Allí es donde quiso mostrar que no habia roto con la humanidad, á pesar de su caída, y donde tuvo sus primeros amigos entre los hijos de Adán: Abraham, Isaac, Jacob, cuyo Dios se complace en llamar como si quisiera unirse con su nombre á la familia de los hombres. El que se llama "el Rey inmortal de los siglos, el Anciano de los dias, El que es," se llama tambien el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y Jesucristo se complace en el Evangelio en repetir estos nombres de la amistad divina.

Allí es donde renovó solemnemente la alianza con nuestra naturaleza y donde hizo que hubiera un pueblo de Dios en la tierra.

Allí es donde fueron manifestadas á los hombres todas las figuras del sacrificio que debia salvar al mundo.

Allí aparecieron todos los hombres divinos: no solamente los antiguos patriarcas, sino ese Melchisedec, Rey y Pontífice á la vez, *Rex et sacerdos*: imágen por el pontificado y la soberanía.—soberanía de justicia y de paz,—imágen del Vicario de Jesucristo. Ya veis, señores, que el Pontificado real es antiguo como el mundo.

Moises y Aaron: Moises, libertador del pueblo de Dios y figura del gran libertador del mundo; Moises que en el monte Sinaí humeante vió á Dios cara á cara y volvió á descender trayendo de allí al mundo esa luz incorruptible de la ley que debia iluminar á todos los siglos. *Incorruptum legis lumen incipiebat sæcula dari.* (Sapient.)

Allí han cantado todos los profetas: David, Isaías, Jeremías; cantaban las glorias y los dolores del Cristo, las alegrías y las tristezas de su iglesia; pues siempre, lo mismo en los cánticos sagrados que en las obras divinas, la alegría está unida al dolor, y el cántico de la victoria precedido de los gemidos de la prueba.

Y al mismo tiempo que los profetas cantaban, Dios hacia en las entrañas del Oriente, en el fondo de las razas humanas, esa lejana y misteriosa preparacion al cumplimiento de todos los oráculos.

Allí pasaban unos tras otros bajo la mano de Dios esos grandes imperios que vió Daniel, preparando el gran imperio romano que los absorbió á todos para hacer lugar él mismo, en un imperio mayor, á una unidad mas alta, término de todos los pensamientos divinos.

Y de ese imperio inerme, fundado por la fé y el amor, ese último y soberano imperio á donde debian converger todos los movimientos de los pueblos y reasumirse toda la historia de ese imperio inmortal del Cristo, tú, ¡oh Roma! debias de ser tambien la capital, tú formada por los trabajos del Oriente y del mundo antiguo durante cuarenta siglos, tú á quien el misterioso destino llamaba á ser dos veces reina del mundo.

*Roma caput mundi, quidquid non possidet armis,
Religione tenet!*

Y así todo ha comenzado en Oriente, todo ha venido de Oriente: los nombres mas grandes, las cosas mas grandes de la humanidad: Moises, Elías, Jesucristo; la ley, la profecía, el Evangelio.

Allí, bajo ese bello cielo, á la sombra de esas palmas y de esos terebintos de que habla el Evangelio, al pié de esas montañas que limitan el horizonte, en esos lugares que llevan los nombres mas caros y santos: Belen, Nazaret, Tabor, Calvario, es donde apareció un día el mas dulce y hermoso de los hijos de los hombres, hijo de una Virgen Purísima, fruto portentoso de la flor mas bella de la humanidad, hijo del hombre é hijo de Dios, llevando el primer nombre con predileccion á fin de conversar mas afablemente con nosotros y velar mejor su gloria: Jesucristo Nuestro Señor, niño del

Oriente, cuyas palabras han iluminado la tierra, confundiendo la sabiduría antigua, dando entrañas al género humano, y resucitando á los muertos en el corto espacio de Belen al Calvario. *In terris visus est, et cum hominibus conversatus est.* (Baruh. III, 38.)

En las aldeas, en las ciudades, en las orillas de las lagunas, en los desiertos, sobre las montañas, do quiera le seguian los pueblos en tropel; y abriendo su boca divina, revelaba á los hombres las cosas del cielo. ¡Oh Oriente! ¡Oh Emmanuel! ¡Oh sol de justicia! ¿qué deciais? ¿qué traiais?

Traia la iluminacion de los hombres y la redencion por su sangre: pues su sangre ha sido derramada allí y ha consagrado para siempre esta tierra. Su apostolado divino era, por la cruz, el apostolado del amor y de la luz. A la tierra fria, elada y adormecida en las tinieblas, traia el despertar en la verdad pura y la celestial caridad. Venia á abrir al mundo esos horizontes desconocidos, infinitos, de los cuales decia el poeta inmortal de la Italia, vuestro Dante, “que solo tienen por confin la luz y el amor.”

Che solo amore é luce ha per confine.

A esa irradiacion nueva venida de Oriente, todos los pueblos del mundo debian reanimarse y estremecerse.

Allí está, ahí está esa luz esperada y anunciada por los oráculos sagrados y profanos, y tambien por todas las grandes voces, ¡oh Roma! Va á iniciarse ese órden nuevo de los grandes siglos que con todas las sibilas ha cantado tu Virgilio: *Magnus ab integro saeculorum nascitur ordo.* Ya llegan esos misteriosos conquistadores que los pueblos, como lo atestiguan tus graves historiadores, tu Tácito y tu Suetonio, esperaban del Oriente: *Venturos ab Oriente qui rerum potententur.*

Ya vienen, ahí están.

¿Quién es, al pié del capitolio, ese hombre venido del

Oriente que tiene sobre su corazón, oculta bajo su túnica de judío, una cruz de madera? Allí está entre la muchedumbre agitada: quizás ve pasar á Neron que se dirige á su casa de oro y que presto le hará crucificar: él es quien debe suceder á los Césares, pues es el mismo que un día, bajo el cielo de Oriente, ha dicho á otro hombre: "Tú eres el Cristo, el hijo de Dios vivo." *Tu est Christus, Filius Dei vivi!* (Math. 16, 16.) y á él es á quien ese hombre hijo del Dios vivo ha respondido: "Bienaventurado eres Simon, hijo de Juan, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos; y yo te digo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia,"

¿Quién es ese otro oriental que llega por esa vía Apia por donde ha pasado todo el viejo mundo? ¿No le veis en Puzol, en pie sobre la popa del buque, trayendo consigo el Evangelio y la fortuna del mundo y dirigiendo una mirada impaciente hácia la Italia? Avanza hasta este *forum Appii* y estas *tres tabernas* que todavía están ahí: en ellas encuentra á los cristianos de Roma que salieron á recibirle, y consolado, fortalecido por su afecto-pues en su pecho de apóstol lleva un corazón de hombre, y el texto sagrado hace notar que su corazón tenía necesidad de confianza, -tomó alimento, *accipit fiduciam* (Act. apost. 28. 15), y dando gracias á Dios, *gratias agens Deo*, siguió adelante, y al traves de esas fastuosas tumbas que vemos todavía y de los templos de los falsos dioses, hácia esta gran Roma que venia á conquistar para Jesucristo: es Pablo, el apóstol de las naciones, que viene á terminar en Roma por el martirio, esa gran carrera apostólica comenzada en Damasco.

¡Ah! cuando pienso en estos dos hombres, en ese barquero de la Galilea y en ese otro fabricante de tiendas, y los veo marchar solos contra el coloso romano, me quedo sobrecojido!

Pero despues de los apóstoles, hé aquí que vienen de Oriente los varones apostólicos.

¿A dónde va, impelida por los vientos y las olas, esa lancha en que están embarcados y vogan, confiados en la Providencia, el resucitado en Betania, Marta y María, sus hermanas? En la antigua tierra de las Galias, en la apacible ribera de Marsella, es donde los deposita la mano de Dios; y la ciudad focense, cuna de la luz y de la civilizacion en nuestro país recibirá por medio de ellos una luz y una civilizacion mas altas.

Y vosotros que habeis visto al apóstol San Juan, y vosotros, discípulos de su discípulo Policarpo, ¡oh Pothin! ¡oh Ireneo! salid de la placentera Jonia y venid á dar á la jóven Lugdunum las gloriosas primicias de la fé y del martirio.

Y á tí que has oido á San Pablo en el Areópago y que de ese senado famoso has pasado á la escuela de ese bárbaro, á tí grande San Dionisio, hasta Paris, esa ciudad reservada á grandes destinos, ignorados todavía, te empuja el espíritu de Dios.

¡Oh Señor! con qué esplendor brillaba entonces la fé en ese Oriente que enviaba su radiante esplendor á las mas remotas estremidades del mundo occidental.

Allí estaban las grandes Iglesias patriarcales, Jerusalem, Antioquía, Alejandría, Constantinopla y otras tantas famosas Iglesias.

¡Oh Iglesias del Oriente, iglesias de Jerusalem, de Antioquía, de Alejandría, de Efeso, de Atenas, de Corinto, de Cesarea, de Tesalónica, de Edessa, de Nicea y de Constantinopla! ¡Qué obispos, qué santos! ¡Qué doctores habeis visto en vuestras sedes ilustres! Allí aparecieron los primeros apologistas; allí se celebraron, en Nicea, en Constantinopla, en Efeso, en Calcedonia, esos grandes concilios donde fueron definidos para siempre los dogmas cristianos, que la fé de un